

neas de un movimiento más dulce y de blanco resplandeciente. Al fondo del valle, chispeando bajo el rayo blanco con el reflejo azulado y delicado del fino acero, el lago maldito, el lago Asfaltito, el mar Muerto.

Su fascinación magnética os atrae, á través de unos barrancos sin verdor y sin agua, obligados á apoyarse sobre unas rocas movilizadas, que se vuelven bajo el contacto en polvo impalpable; por fin se llega á la llanura, y después á esas orillas extrañas donde la arena está mezclada de ceniza. Pero ese carácter de triste desolación que choca en los montes, ha desaparecido en la llanura. La naturaleza, de eterna juventud, une una fresca sonrisa con sus lágrimas.

A quinientos pasos del mar Muerto se encuentra un oasis de cañas, cuyos piés húmedos absorben el agua de los manantiales. Entre los juncos aparecen plantas de vainilla salvaje, cuyo perfume os embriaga, y todas esas familias asiáticas de las orquídeas son una nueva revelación de la naturaleza para la vista asombrada del europeo.

Dejando á la derecha el mar Muerto, se entra en el *Desierto*, para llegar, pasando por las mismas ruinas de Jericó, al pié de esa montaña de la Cuarentena, que vió el ayuno y las lágrimas del Cristo. El sol del mediodía deja caer sus rayos perpendicularmente. El aire se abrasa; no se siente ni el menor soplo de viento; los vapores flotantes se disipan; la mar reluce como un espejo ardiente; las concavidades de las montañas recogen y rechazan los rayos como hacia el foco de una elipse, las exhalaciones salinas queman la piel, desecan la garganta y pican el párpado como agujas; los labios, áridos, se agrietan y se retraen; la mirada erra del lago á la montaña, y no encontrando más que fuego, el ojo alucinado no sabe donde pararse.

La llanura de Jericó, sin agua, sin sombra, posee un carácter de grandeza y de desolación indescriptibles. Es como arena mezclada con ceniza.

Después de dos horas de una marcha pesada, se llega á ver lo que fué Jericó.

Es necesario haber andado un día entero por el desierto, sin una fruta, sin un árbol, sin una gota de agua, sobre la arena y bajo el sol para comprender con qué placer se descubre una fuente que corre. ¡Cuán dulce es para el alma ese fresco murmullo! ¡Qué diamantes valdrían esas perlas líquidas? Entonces se comprende mejor todas esas comparaciones de Oriente alterado, y esas bellas imágenes que representan el alma teniendo sed de Dios, como el ciervo que después de una

caza busca el agua pura de los manantiales.

Después de haberse refrescado y bendecido el profeta, se sube á la montaña de la Cuarentena. Esa montaña tiene una fisonomía extraña y que no se encuentra en ninguna otra parte en Judea. Está llena de grutas innumerables, grutas parecidas á las celdas de una colmena de abejas gigantes. Todavía enseñan, entre esas grutas, la que sirvió de retiro al Cristo durante los cuarenta días de su ayuno. Esta montaña, fué durante mucho tiempo poblada de ermitaños. Allí, según dicen, se inventó el rosario, para dar un alimento á la piedad de los que no podían leer las liturgias de la Iglesia; extraña oración, singular, pero poética mezcla de monotonía, que pone de tiempo en tiempo el nombre divino en los labios, y por su continuidad siempre igual, permite al alma preocupada de Dios permanecer, como sin saberlo, en la esfera de los sueños místicos.

ALBERTO MONTAUD.

## RECUERDOS

### UN HOMBRE EXTRAÑO

#### I

—En tocante á la fuerza de voluntad por el deseo de saber una cosa—dijo Armando Ravil terciando en la conversación que varios amigos sosteníamos alrededor de una mesa del Casino tomando una taza de moka—creo poderos decir, más que ninguno de vosotros, que sé verdaderamente lo que es.

—¿Y esto?—pregunté yo, mientras los demás compañeros se hacían todos oídos.

—Pues por un caso, verdaderamente excepcional y extraño que sucedió á un amigo mío, y del que fui, además de testigo presencial, el instigador inconsciente de ello.

—Cuenta, cuenta—dijimos todos á una.

Y Armando bebió un sorbo de moka, estiró las piernas, y empezó su narración de esta manera:

#### II

—De esto—empezó diciendo Armando Ravil—debe hacer ya unos cinco años. Como sabéis, estaba en aquel entonces empleado en